

cuanta como

## DEL PRIMER SANTAYANA

En algún epistolario con Luis Cernuda (q. d. D. g.) se remite a cierta *Library of the World's Best Literature Ancient and Modern* como antecedente anglosajón de la *Biblioteca Internacional de Obras Famosas* descrita en el anterior *Anuario de Letras*.<sup>1</sup> Aunque aquí no se hizo mención de la parentela entre ambas enciclopedias, allá sí advertíamos la posible identidad de los editores: The International Society, de la primera, y la Sociedad Internacional, de la segunda. Y la omisión de fecha en la última quisimos suplirla aproximadamente con la del "copyright" de la primera: 1898.<sup>2</sup>

Esta fecha nos ofrecía múltiples sugerencias al relacionarla con dos nombres hispánicos que figuran en el último tomo de la obra inglesa, único que poseo; sin embargo, no quise abandonarme a otras suposiciones apoyado únicamente en un índice. Además, comprobé que el artículo registrado ahí como impreso en el tomo VIII nunca se aprovechó en la *Biblioteca Internacional* española. Tuve, pues, que renunciar a un fascinante Santayana, disfrazado de joven cervantista, que traducido tempranamente, en los alrededores del 98, me habría resultado compañero de varios miembros de la generación que lleva la cifra, y colaborador tan ignorado como ellos de esa postergada *Biblioteca*. Y el mismo tema del artículo (para Santayana, Cervantes fue siempre y sólo "Don Quixote") nos lo instalaba de fijo en la quijotesca generación del Desastre.

Pero la historia nuestra, lo estamos viendo, no está empedrada de buenas ilusiones. Ya he dicho que este "Cervantes" de Santayana ni alcanzó en su tiempo los honores de la divulgación española, y aún hoy es desconocido por hispánicos y anglosajones, quiero decir para hispanistas extranjeros, cervantistas criollos y santayanistas de ambos mundos. Con las señas bibliográficas en la mano he tenido que esperar mucho tiempo la copia del texto inglés, pues la enciclopedia literaria que lo contiene, al igual que la otra que lo omitió, yace ahora en el rincón de los trastos viejos. Únicamente Francisco Aguilera, de la Hispanic Foundation de la Library of Congress, de Washington D. C., silencioso

<sup>1</sup> ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ, "La *Biblioteca Internacional de Obras Famosas*", en *Anuario de Letras*, II (1962), pp. 289-291.

<sup>2</sup> ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ, "Carta a Luis Cernuda", en *La Gaceta*, México, VI, (abril de 1961) núm. 80, p. 4.

conocedor del secreto, con su acostumbrada diligencia me lo hizo accesible.<sup>3</sup>

Apareció originalmente en la primera edición de la *Library of the World's Best Literature Ancient and Modern*, editada por Charles Dudley Warner en 1896; pero ni éste ni Hamilton Wright Mabie, Lucia Gilbert Runkle y George Henry Warner, "associate editors" de la edición de 1898, tuvieron relación memorable con Santayana; por lo menos, no se los menciona en los volúmenes autobiográficos y biográficos, ni en el epistolario conocido. Otras personas, más cercanas a Santayana, colaboraron también en la empresa: colegas de los primeros lustros en Harvard y amigos ingleses en los viajes de esos años que firmaron artículos sobre sus respectivas especialidades, como Charles Eliot Norton, Josiah Royce, George Herbert Palmer, Crawford H. Toy, Barrett Wendell, Robert Bridges y Henry James, pudieron sugerir su nombre para la lista de "contributors of signed articles".<sup>4</sup>

Uno de ellos entre todos parece puerta probable entre el inédito ensayista de entonces y la letra impresa. Recuérdese que ese año de 1896 luchaba Santayana por encontrar el editor de *The Sense of Beauty*, síntesis de sus conferencias en Harvard de 1892 a 1895, y que sólo por otro amigo y colega, Barrett Wendell, vino a ser aceptado el original por Scribner (*The Middle Span*).<sup>5</sup> Crawford H. Toy, profesor de lengua hebrea en Harvard University, encabeza la lista del Advisory Council de la *Library of the World's Best Literature*,<sup>6</sup> y, aunque Santayana no lo recuerda en sus autobiografías, figura a través de su esposa en el epistolario

<sup>3</sup> *Library of the World's Best Literature Ancient and Modern*. Thirty volumes. New York, R. S. Peale and J. A. Hill, Publishers, Copyright 1896, vol. VI, pp. 3451-3457. En la última página, fotografo de la firma autógrafa de G. Santayana. La edición de 1898 lleva pie de imprenta de "The International Society", pero conserva el "copyright" a favor de R. S. Peale and J. A. Hill; el artículo de Santayana se imprime en esta "Special Edition" de "Forty-six volumes", en el vol. VIII, y en las mismas pp. 3451-3457. En las dos ediciones se reproduce una selección del *Quijote* en inglés, pp. 3457-3502.

<sup>4</sup> *Idem*, 1898, vol. XLV, pp. pp. 561, 563, 565 y 566-567.

<sup>5</sup> *En la mitad del camino*. Traducción de Pedro Lecuona, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1946, cap. VIII, p. 219: "Lo dicté [el curso de estética en Harvard College] durante uno o dos años y después escribí su sustancia en un librito: *El sentido de la belleza*. El manuscrito de ese libro pasó de un editor local a otro y todos lo rechazaron. Ya había renunciado a la esperanza de verlo publicado, cuando Barrett Wendell, siempre amigo mío y de las humanidades, me escribió para decirme que era posible que Scribner lo aceptara."

<sup>6</sup> Vol. XLV, p. iii.

del filósofo desde 1896, precisamente. El 12 de marzo de este año refiere a su amigo Guy Murchie las atenciones de que es objeto en el hogar de Toy: "Mrs. Toy is a very good friend of mine: her attentions are of the kind that make one feel a little flattered, a little grateful, and a little annoyed."<sup>7</sup> Esta relación se continuó por años y, entre recuerdos y cartas, llegó a una rica y sabia intimidad.<sup>8</sup> No es remoto que estuviera apoyada en la prehistoria editorial de Santayana, anterior al prefacio de *The Sense of Beauty*, que ya es de septiembre de 1896.

Santayana recuerda en *Persons and Places* las lecturas infantiles de la familia residente en el 302 de Beacon Street, en Boston, entre ellas algunos libros españoles y, entre éstos, *Don Quixote*: "Durante los primeros años, Susana y Robert nos leían algo en voz alta al anochecer, al principio en castellano: *Don Quijote* íntegramente (salvo los lunares)...". Estos postizos, "nombre caprichoso para los relatos intercalados" en la Primera Parte, fueron también reprobados por el lector crecido: "The tales are in themselves unworthy of their setting, and contrary to the spirit of the whole book... He [Cervantes] avoided this mistake in the second part... More variety and more unity may still, perhaps, seem desirable in the book."<sup>9</sup> La formulación estética de este asunto pertenece a la edad madura, pero, como por propia experiencia sostuvo Santayana, la intuición de esa "anomalía" proviene de la primera edad, de la lectura familiar de *Don Quijote* (*Reason in Art*).<sup>10</sup>

Otro recuerdo de *Persons and Places* aparece ligado al héroe cervantino; enmarcado en reflexiones de carácter moral, de algún modo asocia el periodo de Harvard en que escribió el artículo con el caballero Don Quijote y el uso de servidumbre en la vida diaria. Santayana nunca la tuvo y se complacía en servirse a sí mismo en un afán de incorporarse al "reino de la materia". Compara a su vez las relaciones entre el caballero español y el *gentleman* inglés con sus respectivos criados y cree encontrar en ellas material suficiente para definir la calidad de esos amos:

<sup>7</sup> *The Letters of George Santayana*. Edit with commentary and introduction by Daniel Cory. New York, Charles Scribner's Sons, 1955, p. 44.

<sup>8</sup> *Idem*, pp. 122, 261, 268-270, 275-276, 317, 320, 323-328, 329, 338-342, 344-346 y 428.

<sup>9</sup> *Personas y lugares. Primeros recuerdos de mi vida*. Traducción de Pedro Lecuona, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1944, cap. IX, p. 206, y *Library...*, VI, p. 3455, respectivamente.

<sup>10</sup> *Life of Reason*, IV (1905), edición de 1922, p. 194, citado y traducido por Raimundo Lida (cf. nota 17), p. 42.

"Sin embargo, confieso que el mero lechuguino no es un completo caballero por mucho que dependa de su *valet*, —dice zumbonamente—. Para ser un verdadero caballero debería tener además un caballo y montarlo bien. También Don Quijote tenía caballo además de tener criado. / En mi segundo periodo de residente en Harvard, 1890-1896, la vida tuvo para mí una calidad diferente. No disponía yo de caballo ni de criado, pero contaba con dinero bastante para mis gastos, con amigos, clubs y sociedad femenina en Boston y en Cambridge, y con las anticipaciones y recuerdos de vacaciones que pasaba en Europa."<sup>11</sup>

No es gran cosa, ciertamente, la evocación quijotesca de este párrafo y quizá esté un poco traída de los cabellos, pero nos acerca a los días en que Santayana redactó su artículo cervantino y escribía *The Sense of Beauty*. La indispensable relectura del *Quijote* que requirió el primero pudo ser el origen de dos observaciones y ejemplos utilizados en el tratado de estética. No quiere esto decir que neguemos la intuición y memoria de la lectura familiar, sino que ésta debió ser reforzada posteriormente, por los alrededores de 1895, al grado de permitir una valoración de Don Quijote paralela a Hamlet y Aquiles y el discrimen de su genio poético esencial: "The graphic power of this method of observation and aggregation of characteristic traits is thus seen to be great. But it is not by this method that the most famous or most living characters have been conceived. This method gives the average, or at most the salient, points of the type, but the great characters of poetry —a Hamlet, a Don Quixote, an Achilles— are no averages, they are not even a collection of salient traits common to certain classes of men. They seem to be persons; that is, their actions and words seem to spring from the inward nature of an individual soul."<sup>12</sup>

Igualmente necesitó de la relectura el penetrante y seguro análisis de los movimientos contradictorios del ánimo frente a la ridícula y virtuosa figura del caballero. La complejidad de sentimientos produce una tensión que va de lo humorístico a lo trágico. Este vaivén o trasmutación sólo puede conseguirlo el artista a fuerza de activa honestidad creadora: "Don Quixote is mad; he is old, useless, and ridiculous, but he is the soul of honour, and in all his laughable adventures we follow him like the ghost of our better selves. We enjoy his discomfitures too much

<sup>11</sup> Traducción de Lecuona, cap. XIII, pp. 267-269.

<sup>12</sup> *The Sense of Beauty* (1896), New York, Dover Publications, Inc., 1955, part III ("Form"), § 45 ("Character as an aesthetic form"), p. 179.

to wish he had been a perfect Amadis; and we have besides a shrewd suspicion that he is the only kind of Amadis there can ever be in this world. At the same time it does us good to see the courage of his idealism, the ingenuity of his wit, and the simplicity of his goodness. But how shall we reconcile our sympathy with his dream and our perception of its absurdity? The situation is contradictory. We are drawn to some different point of view, from which the comedy may no longer seem so amusing. As humour becomes deep and really different from satire, it changes into pathos, and passes out of the sphere of the comic altogether. The mischances that were to amuse us as scoffers now grieve us as men, and the value of the representation depends on the touches of beauty and seriousness with which it is adorned."<sup>13</sup>

Aparte de la estimación artística del *Quijote* y de la evaluación moral de su personaje que Santayana trazó en su primigenio ensayo sobre Cervantes, queremos señalar en él una precursora y feliz idea suya en la interpretación de la narrativa quijotesca: "The whole book has, in fact, rather the quality of an improvisation. The episodes suggest themselves to the author's fancy as he proceeds; a fact which gives them the same unexpectedness and sometimes the same incompleteness which the events of a journey naturally have. It is in the genius of kind of narrative to be a sort of imaginary diary, without a general dramatic structure."<sup>14</sup> Unos doce años después, un británico de esos que construyen y consultan enciclopedias, William Paton Ker (1855-1923), leyó el 31 de enero de 1908 ante la Royal Philosophical Society de Glasgow su enjundioso y desenfadado ensayo sobre *Don Quixote*, tan a contrapelo de la beata erudición cervantesca al uso. Para Ker, *El Quijote* es un libro caótico, por los conflictos retóricos de Cervantes, por la interpolación de novelas en el texto, por el lastre humanista que frena la fantasía creadora. Su admiración y simpatía por la obra se muestran más bien por la arremetida contra las opiniones consagradas, la de Byron abajo. Impreso diez años más tarde como el primero de sus *Two Essays* (Glasgow, J. Maclehouse and Sons, 1918), Alfonso Reyes lo comentó de inmediato en la *Revista de Filología Española*: "*Don Quijote* es uno de los libros más descuidados: si fuera antiguo, los críticos habrían creído hallar en él, como en la *Iliada*, varios autores y varios interpoladores sucesivos. Y aquí recuer-

<sup>13</sup> *Idem*, part IV ("Expression"), § 63 ("Humour"), pp. 255-256.

<sup>14</sup> *Library...*, VI, p. 3455.

da [Ker] la inconsistencia de ciertos pasajes, y la unidad de ciertos orbes novelísticos dentro de la gran novela, sin contar con las novelas evidentemente intercaladas en ella. El libro resulta una confusión, una selva de invenciones, pero también de estilos e ideales artísticos. Este aire de 'casualidad' que hay en el *Quijote* fue ya conscientemente imitado por Fielding en Inglaterra. Cervantes era humorista; es decir, pensaba a un tiempo en varios aspectos de las cosas."<sup>15</sup> Parece sobranceró resaltar las diversas anticipaciones de Santayana, pero desde luego no es la menor aquella *quality of an improvisation*, equivalente a ese "aire de casualidad" que se apreció después en el *Quijote*.

Tampoco son menores las prefiguraciones del pensamiento definitivo de Santayana. Aunque en este punto el propio Santayana se complacía en ser todo lo *divers et ondoyant* que puede ser un hombre que no calienta almohada dos veces con el mismo desvelo y dejó tristísimas palinodias de su vario desorden, por lo menos una idea precoz de la armonía moral que propugnó reiteradamente más tarde se presenta ya en el ensayo cervantino: "What is needed is not, of course, that idealism should be surrendered, either in literature or in life; but that in both it should be made efficacious by a better adjustment to the reality it would transform."<sup>16</sup> "Esa enfática atención al enlace de lo estético con lo ético... ese hacer consistir los más señalados triunfos de la poesía en un difícil y complejo equilibrio, convienen perfectamente a las líneas generales de su filosofía... aboga Santayana contra el confinamiento de la inteligencia en una esfera abstraída del complejo vivir humano. En toda su obra perdurará el afán de poner de resalto la unidad entre lo intelectual, lo ético y lo estético. Así señalará Santayana, como misión propia del filósofo, la de coordinar esos diversos intereses humanos en un armónico ideal de felicidad", ha escrito quien sabe de estas cosas, Raimundo Lida, en un libro olvidado (pero incólume) sobre el primer Santayana.<sup>17</sup>

<sup>15</sup> ALFONSO REYES, *Obras Completas*, VII (México, Fondo de Cultura Económica, 1958), pp. 344-346, y ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ, "Henry Fielding en el mundo hispánico", en el *Boletín de la Biblioteca Nacional*, México, 2ª época, tomo XII (julio-diciembre de 1961), núm. 3-4, pp. 21-30. "En efecto, esos visos de casualidad tan visibles en la composición del *Quijote* fueron aprovechados en abundancia por Fielding, y son tan hispánicos que parecen presidir muchos siglos de nuestras literaturas novelísticas hasta llegar a Baroja" (p. 24).

<sup>16</sup> *Library...*, VI, p. 3457.

<sup>17</sup> *Belleza, arte y poesía en la estética de Santayana*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1943, p. 154.



Aun las dos frases en que resumió la existencia de Cervantes suenan hoy como profecía de su genio y figura. Son estrictamente autobiografía: "His birth and nurture had made him religious and chivalrous from the beginning, and he remained so by conviction to the end. He was still full of plans and hopes when death overtook him, but he greeted it with perfect simplicity, without lamentations over the past or anxiety for the future."<sup>18</sup> Temo, como usted, Raimundo Lida, que estas páginas que le envío "no ayuden a la gloria futura de Santayana";<sup>19</sup> no más quise acercarlo a la cultura de su sangre, siquiera a los cien años de su nacimiento, pese a aquella generación que hizo todo por eludirlo.<sup>20</sup>

ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ

Instituto Bibliográfico Mexicano.  
Facultad de Filosofía y Letras.

<sup>18</sup> *Library...*, VI, pp. 3456-3457.

<sup>19</sup> RAIMUNDO LIDA, "El último Santayana", en *Buenos Aires Literaria*, Buenos Aires, I, (diciembre de 1953), núm. 3; reproducido en *Panorama*, Washington D. C., II, (1953) núm. 5, pp. 96-99; y luego ampliado y retocado por su autor en *Letras hispánicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958, pp. 287-297. La frase es la última línea del ensayo, y ahí tiene oficio de reproche a la pretendida serenidad conventual de los últimos años de Santayana, que, por cierto, los escritos póstumos y el epistolario no confirman.

<sup>20</sup> Ya en 1921 Pedro Henríquez Ureña planteaba en la propia España esta pregunta: "¿Por qué España —que con tanto empeño aspira a tener filósofos— no se entera de quién es Santayana?" ("En la orilla", § XIII, en *Índice*, Madrid, mayo de 1921, n.º 1, p. 4).

## CERVANTES

(1547-1616)

BY GEORGE SANTAYANA



CERVANTES is known to the world as the author of 'Don Quixote,' and although his other works are numerous and creditable, and his pathetic life is carefully recorded, yet it is as the author of 'Don Quixote' alone that he deserves to be generally known or considered. Had his wit not come by chance on the idea of the Ingenious Hidalgo, Cervantes would never have attained his universal renown, even if his other works and the interest of his career should have sufficed to give him a place in the literary history of his country. Here, then, where our task is to present in miniature only what has the greatest and most universal value, we may treat our author as playwrights are advised to treat their heroes, saying of him only what is necessary to the understanding of the single action with which we are concerned. This single action is the writing of 'Don Quixote'; and what we shall try to understand is what there was in the life and environment of Cervantes that enabled him to compose that great book, and that remained imbedded in its characters, its episodes, and its moral.

There was in vogue in the Spain of the sixteenth century a species of romance called books of chivalry. They were developments of the legends dealing with King Arthur and the Knights of the Table Round, and their numerous descendants and emulators. These stories had appealed in the first place to what we should still think of as the spirit of chivalry: they were full of tourneys and single combats, desperate adventures and romantic loves. The setting was in the same vague and wonderful region as the Coast of Bohemia, where to the known mountains, seas, and cities that have poetic names, was added a prodigious number of caverns, castles, islands, and forests of the romancer's invention. With time and popularity this kind of story had naturally intensified its characteristics until it had reached the greatest extravagance and absurdity, and combined in a way the unreality of the fairy tale with the bombast of the melodrama.

Cervantes had apparently read these books with avidity, and was not without a great sympathy with the kind of imagination they embodied. His own last and most carefully written book, the 'Travails of Persiles and Sigismunda,' is in many respects an imitation of



them; it abounds in savage islands, furious tyrants, prodigious feats of arms, disguised maidens whose discretion is as marvelous as their beauty, and happy deliverances from intricate and hopeless situations. His first book also, the 'Galatea,' was an embodiment of a kind of pastoral idealism: sentimental verses being interspersed with euphuistic prose, the whole describing the lovelorn shepherds and heartless shepherdesses of Arcadia.

But while these books, which were the author's favorites among his own works, expressed perhaps Cervantes's natural taste and ambition, the events of his life and the real bent of his talent, which in time he came himself to recognize, drove him to a very different sort of composition. His family was ancient but impoverished, and he was forced throughout his life to turn his hand to anything that could promise him a livelihood. His existence was a continuous series of experiments, vexations, and disappointments. He adopted at first the profession of arms, and followed his colors as a private soldier upon several foreign expeditions. He was long quartered in Italy; he fought at Lepanto against the Turks, where among other wounds he received one that maimed his left hand, to the greater glory, as he tells us, of his right; he was captured by Barbary pirates and remained for five years a slave in Algiers; he was ransomed, and returned to Spain only to find official favors and recognitions denied him; and finally, at the age of thirty-seven, he abandoned the army for literature.

His first thought as a writer does not seem to have been to make direct use of his rich experience and varied observation; he was rather possessed by an obstinate longing for that poetic gift which, as he confesses in one place, Heaven had denied him. He began with the idyllic romance, the 'Galatea,' already mentioned, and at various times during the rest of his life wrote poems, plays, and stories of a romantic and sentimental type. In the course of these labors, however, he struck one vein of much richer promise. It was what the Spanish call the *picaresque*; that is, the description of the life and character of rogues, pickpockets, vagabonds, and all those wretches and sorry wits that might be found about the highways, in the country inns, or in the slums of cities. Of this kind is much of what is best in his collected stories, the 'Novelas Exemplares.' The talent and the experience which he betrays in these amusing narratives were to be invaluable to him later as the author of 'Don Quixote,' where they enabled him to supply a foil to the fine world of his poor hero's imagination.

We have now mentioned what were perhaps the chief elements of the preparation of Cervantes for his great task. They were a great familiarity with the romances of chivalry, and a natural liking for

them; a life of honorable but unrewarded endeavor both in war and in the higher literature; and much experience of Vagabondia, with the art of taking down and reproducing in amusing profusion the typical scenes and languages of low life. Out of these elements a single spark, which we may attribute to genius, to chance, or to inspiration, was enough to produce a new and happy conception: that of a parody on the romances of chivalry, in which the extravagances of the fables of knighthood should be contrasted with the sordid realities of life. This is done by the ingenious device of representing a country gentleman whose naturally generous mind, unhinged by much reading of the books of chivalry, should lead him to undertake the office of knight-errant, and induce him to ride about the country clad in ancient armor, to right wrongs, to succor defenseless maidens, to kill giants, and to win empires at least as vast as that of Alexander.

This is the subject of 'Don Quixote.' But happy as the conception is, it could not have produced a book of enduring charm and well-seasoned wisdom, had it not been filled in with a great number of amusing and lifelike episodes, and verified by two admirable figures, Don Quixote and Sancho Panza, characters at once intimately individual and truly universal.

Don Quixote at first appears to the reader, and probably appeared to the author as well, as primarily a madman,—a thin and gaunt old village squire, whose brain has been turned by the nonsense he has read and taken for gospel truth; and who is punished for his ridiculous mania by an uninterrupted series of beatings, falls, indignities, and insults. But the hero and the author together, with the ingenuity proper to madness and the inevitableness proper to genius, soon begin to disclose the fund of intelligence and ideal passion which underlies this superficial insanity. We see that Don Quixote is only mad north-north-west, when the wind blows from the quarter of his chivalrous preoccupation. At other times he shows himself a man of great goodness and fineness of wit; virtuous, courageous, courteous, and generous, and in fact the perfect ideal of a gentleman. When he takes, for instance, a handful of acorns from the goat-herds' table and begins a grandiloquent discourse upon the Golden Age, we feel how cultivated the man is, how easily the little things of life suggest to him the great things, and with what delight he dwells on what is beautiful and happy. The truth and pathos of the character become all the more compelling when we consider how naturally the hero's madness and calamities flow from this same exquisite sense of what is good.

The contrast to this figure is furnished by that of Sancho Panza, who embodies all that is matter-of-fact, gross, and plebeian. Yet he

is willing to become Don Quixote's esquire, and by his credulity and devotion shows what an ascendancy a heroic and enthusiastic nature can gain over the most sluggish of men. Sancho has none of the instincts of his master. He never read the books of chivalry or desired to right the wrongs of the world. He is naturally satisfied with his crust and his onions, if they can be washed down with enough bad wine. His good drudge of a wife never transformed herself in his fancy into a peerless Dulcinea. Yet Sancho follows his master into every danger, shares his discomfiture and the many blows that rain down upon him, and hopes to the end for the governorship of that Insula with which Don Quixote is some day to reward his faithful esquire.

As the madness of Don Quixote is humanized by his natural intelligence and courage, so the grossness and credulity of Sancho are relieved by his homely wit. He abounds in proverbs. He never fails to see the reality of a situation, and to protest doggedly against his master's visionary flights. He holds fast as long as he can to the evidence of his senses, and to his little weaknesses of flesh and spirit. But finally he surrenders to the authority of Don Quixote, and of the historians of chivalry, although not without a certain reluctance and some surviving doubts.

The character of Sancho is admirable for the veracity with which its details are drawn. The traits of the boor, the glutton, and the coward come most naturally to the surface upon occasion, yet Sancho remains a patient, good-natured peasant, a devoted servant, and a humble Christian. Under the cover of such lifelike incongruities, and of a pervasive humor, the author has given us a satirical picture of human nature not inferior, perhaps, to that furnished by Don Quixote himself. For instance: Don Quixote, after mending his helmet, tries its strength with a blow that smashes it to pieces. He mends it a second time, but now, without trial, deposes it to be henceforth a strong and perfect helmet. Sancho, when he is sent to bear a letter to Dulcinea, neglects to deliver it, and invents an account of his interview with the imaginary lady for the satisfaction of his master. But before long, by dint of repeating the story, he comes himself to believe his own lies. Thus self-deception in the knight is the ridiculous effect of courage, and in the esquire the not less ridiculous effect of sloth.

The adventures these two heroes encounter are naturally only such as travelers along the Spanish roads would then have been likely to come upon. The point of the story depends on the familiarity and commonness of the situations in which Don Quixote finds himself, so that the absurdity of his pretensions may be overwhelmingly shown. Critics are agreed in blaming the exceptions which

Cervantes allowed himself to make to the realism of his scenes, where he introduced romantic tales into the narrative of the first part. The tales are in themselves unworthy of their setting, and contrary to the spirit of the whole book. Cervantes doubtless yielded here partly to his story-telling habits, partly to a fear of monotony in the uninterrupted description of Don Quixote's adventures. He avoided this mistake in the second part, and devised the visit to the Duke's palace, and the intentional sport there made of the hero, to give variety to the story.

More variety and more unity may still, perhaps, seem desirable in the book. The episodes are strung together without much coherence, and without any attempt to develop either the plot or the characters. Sancho, to be sure, at last tastes the governorship of his Insula, and Don Quixote on his death-bed recovers his wits. But this conclusion, appropriate and touching as it is, might have come almost anywhere in the course of the story. The whole book has, in fact, rather the quality of an improvisation. The episodes suggest themselves to the author's fancy as he proceeds; a fact which gives them the same unexpectedness and sometimes the same incompleteness which the events of a journey naturally have. It is in the genius of this kind of narrative to be a sort of imaginary diary, without a general dramatic structure. The interest depends on the characters and the incidents alone; on the fertility of the author's invention, on the ingenuity of the turns he gives to the story, and on the incidental scenes and figures he describes.

When we have once accepted this manner of writing fiction—which might be called that of the novelist before the days of the novel—we can only admire the execution of 'Don Quixote' as masterly in its kind. We find here an abundance of fancy that is never at a loss for some probable and interesting incident; we find a graphic power that makes living and unforgettable many a minor character, even if slightly sketched; we find the charm of the country rendered by little touches without any formal descriptions; and we find a humorous and minute reproduction of the manners of the time. All this is rendered in a flowing and easy style, abounding in both characterization and parody of diverse types of speech and composition; and the whole is still but the background for the figures of Don Quixote and Sancho, and for their pleasant discourse, the quality and savor of which is maintained to the end. These excellences unite to make the book one of the most permanently delightful in the world, as well as one of the most diverting. Seldom has laughter been so well justified as that which the reading of 'Don Quixote' continually provokes; seldom has it found its causes in such genuine fancy, such profound and real contrast, and such victorious good-humor.

We sometimes wish, perhaps, that our heroes were spared some of their bruises, and that we were not asked to delight so much in promiscuous beatings and floggings. But we must remember that these three hundred years have made the European race much more sensitive to physical suffering. Our ancestors took that doubtful pleasure in the idea of corporal writhings which we still take in the description of the tortures of the spirit. The idea of both evils is naturally distasteful to a refined mind; but we admit more willingly the kind which habit has accustomed us to regard as inevitable, and which personal experience very probably has made an old friend.

'Don Quixote' has accordingly enjoyed a universal popularity, and has had the singular privilege of accomplishing the object for which it was written, which was to recall fiction from the extravagances of the books of chivalry to the study of real life. This is the simple object which Cervantes had and avowed. He was a literary man with literary interests, and the idea which came to him was to ridicule the absurdities of the prevalent literary mode. The rich vein which he struck in the conception of Don Quixote's madness and topsy-turvy adventures encouraged him to go on. The subject and the characters deepened under his hands, until from a parody of a certain kind of romances the story threatened to become a satire on human idealism. At the same time Cervantes grew fond of his hero, and made him, as we must feel, in some sort a representative of his own chivalrous enthusiasms and constant disappointments.

We need not, however, see in this transformation any deep-laid malice or remote significance. As the tale opened out before the author's fancy and enlisted his closer and more loving attention, he naturally enriched it with all the wealth of his experience. Just as he diversified it with pictures of common life and manners, so he weighted it with the burden of human tragedy. He left upon it an impress of his own nobility and misfortunes side by side with a record of his time and country. But in this there was nothing intentional. He only spoke out of the fullness of his heart. The highest motives and characters had been revealed to him by his own impulses, and the lowest by his daily experience.

There is nothing in the book that suggests a premeditated satire upon faith and enthusiasm in general. The author's evident purpose is to amuse, not to upbraid or to discourage. There is no bitterness in his pathos or despair in his disenchantment; partly because he retains a healthy fondness for this naughty world, and partly because his heart is profoundly and entirely Christian. He would have rejected with indignation an interpretation of his work that would see in it an attack on religion or even on chivalry. His birth and

nurture had made him religious and chivalrous from the beginning, and he remained so by conviction to the end. He was still full of plans and hopes when death overtook him, but he greeted it with perfect simplicity, without lamentations over the past or anxiety for the future.

If we could have asked Cervantes what the moral of Don Quixote was to his own mind, he would have told us perhaps that it was this: that the force of idealism is wasted when it does not recognize the reality of things. Neglect of the facts of daily life made the absurdity of the romances of chivalry and of the enterprise of Don Quixote. What is needed is not, of course, that idealism should be surrendered, either in literature or in life; but that in both it should be made efficacious by a better adjustment to the reality it would transform.

Something of this kind would have been, we may believe, Cervantes's own reading of his parable. But when parables are such direct and full transcripts of life as is the story of Don Quixote, they offer almost as much occasion for diversity of interpretation as does the personal experience of men in the world. That the moral of Don Quixote should be doubtful and that each man should be tempted to see in it the expression of his own convictions, is after all the greatest possible encomium of the book. For we may infer that the truth has been rendered in it, and that men may return to it always, as to Nature herself, to renew their theories or to forget them, and to refresh their fancy with the spectacle of a living world.

*S. Santayana*

#### TREATING OF THE CHARACTER AND PURSUITS OF DON QUIXOTE

IN A village of La Mancha, the name of which I have no desire to call to mind, there lived not long since one of those gentlemen that keep a lance in the lance-rack, and an old buckler, a lean hack, and a greyhound for coursing. An olla of rather more beef than mutton, a salad on most nights, scraps on Saturdays, lentils on Fridays, and a pigeon or so extra on Sundays, made away with three-quarters of his income. The rest of it went in a doublet of fine cloth and velvet breeches and shoes to match for holidays, while on week-days he made a brave figure in his best homespun. He had in his house a housekeeper past



CERVANTES  
(1547-1616)

Por GEORGE SANTAYANA

A Cervantes se le conoce en todo el mundo como autor de *Don Quijote*; a pesar de lo apreciable y numeroso de sus obras, así como de su patética vida cuidadosamente recogida, es sólo como autor de *Don Quijote* por lo que merece ser generalmente conocido y considerado. De no haberle tocado en suerte la idea del Ingenioso Hidalgo, nunca hubiera conseguido Cervantes renombre universal, aun cuando sus demás obras y el gran interés que tiene su carrera bastaran para darle sitio en la historia de su país. Es aquí, por tanto, donde nos incumbe presentar en ínfima escala sólo lo que su valor tiene de más grande y universal. Por ello podemos considerar a nuestro autor tal como se aconseja a los dramaturgos que traten a sus héroes, diciendo de él únicamente lo que sea necesario para la comprensión del solo hecho que por ahora nos ocupa. Este único hecho consiste en haber escrito *Don Quijote*, y lo que nosotros intentaremos comprender es lo que ocurría en la vida y el medio ambiente de Cervantes, —ya que esos factores fueron los que le permitieron componer el gran libro—, así como lo que ha quedado aprehendido por sus personajes, sus episodios y su moral.

En la España del siglo XVI estaba de moda cierta clase de novelas, los así llamados libros de caballerías. Fueron refundiciones de las leyendas del Rey Arturo y de los Caballeros de la Mesa Redonda, así como de sus innumerables descendientes y emuladores. En primer lugar estas historias despertaron lo que deberíamos considerar como el espíritu de la caballería; abundaban en torneos, singulares combates, desesperadas aventuras y amores románticos. El sitio donde ocurrieron fue la misma indefinida y maravillosa región de la Costa de Bohemia, donde, a más de conocidas montañas, mares y ciudades de poético nombre, se añadieron una prodigiosa cantidad de cuevas, de castillos, de islas y bosques inventados por el autor. Con el tiempo y la popularidad, esta clase de historias hubo de intensificar sus características hasta adquirir su más grande desvarío y absurdidad, de tal modo que se combinaron, en cierto sentido, la fantasía y los cuentos de hadas con lo retumbante del melodrama.

Al parecer Cervantes leyó tales libros con avidez, y no fue poca la simpatía sentida hacia esa forma de imaginación que involucraban. Su último libro, y el más cuidadosamente escrito, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, es, en muchos aspectos, una imitación de aquellos: abundan en él islas salvajes, furiosos tiranos, prodigiosos hechos de armas, doncellas disfrazadas cuya discreción es tan maravillosa como su belleza, a más de felices desenlaces provenientes de intrincadas situaciones sin esperanzá alguna. También su primer libro, *La Galatea*, fue la corporización de cierta clase de idealismo pastoril: versos sentimentales y prosa eufuística se entremezclaron, y el conjunto describió a los abandonados pastores y a las crueles pastoras de la Arcadia.

Pero mientras estos libros fueron los favoritos entre sus propias obras y expresaron quizás el gusto natural de Cervantes tanto como

su ambición, los acontecimientos de su vida y la verdadera inclinación de su talento —lo que con el tiempo acabó por admitir él mismo— lo arrastraron a un muy diverso tipo de composición. Su familia era de vieja cepa pero empobrecida, y durante su vida se vio constreñido a volver la mano a cualquier cosa que le permitiera subsistir. Su existencia fue una serie sin fin de experimentos, de vejaciones, de desengaños. Empezó por elegir la profesión de las armas y participó como simple soldado en varias expediciones al extranjero. Quedó acuartelado mucho tiempo en Italia; combatió en Lepanto contra el Turco, donde entre otras heridas recibió una que le mutiló la mano izquierda para, nos dice él mismo, máxima gloria de la derecha. Fue capturado por los piratas berberiscos y permaneció cinco años esclavo en Argel; fue rescatado y regresó a España sólo para darse cuenta de que se le negaban protección oficial y agradecimiento; y finalmente, a los treinta y siete años, abandonó el ejército por la literatura.

No parece que su primer pensamiento como escritor haya sido el de servirse de su rica experiencia y de sus variadas observaciones; más bien lo poseía un anhelo obstinado por aquel don poético que, tal como lo confiesa en algún lado, el cielo le negó. Empezó con la novela idílica *La Galatea*, ya mencionada, y muchas veces después, durante su vida, escribió poemas, dramas y cuentos de tipo romántico y sentimental. Sin embargo, en el transcurso de esas obras tocó una vena mucho más llena de promesas. Fue lo que los españoles llaman la *picaresca*, es decir, la descripción de la vida y el carácter de los pícaros, carteristas, vagamundos y otros desventurados cuanto equivocados talentos que podían encontrarse en los caminos, en las fondas o en los barrios bajos de las ciudades. A este género pertenece mucho de lo mejor de las *Novelas ejemplares*. El talento y la experiencia que revela en estas divertidas narraciones le iban a ser inestimables posteriormente como autor de *Don Quijote*, todo lo cual le permitió que proveyera de un rastro adecuado al admirable mundo de la imaginación de su pobre héroe.

Hemos mencionado lo que tal vez fueron los más importantes elementos en la preparación de la gran obra de Cervantes. Consistieron en una gran familiaridad con las novelas de caballería y una afición natural a dichas obras; una vida de esfuerzo honrado pero sin retribución alguna, tanto en la guerra como en la más elevada literatura; una gran experiencia de la vagabundia, con habilidad para apuntar y reproducir con divertida profusión escenas típicas y dichos de la vida popular. De todos esos elementos, una chispa, que podemos atribuirle al genio, a la suerte o a la inspiración, bastó para que se produjera una concepción nueva y afortunada: la de la parodia de las novelas de caballerías, en la cual los disparates de las fábulas de la caballería deberían ser contrapuestos a las sórdidas realidades de la vida. Esto es posible debido a la ingeniosa idea que consiste en presentar a un hidalgo campesino cuyo entendimiento, generoso por naturaleza y desequilibrado por la excesiva lectura de los libros de caballerías, debería conducirlo a tomar el oficio de caballero andante e inducirlo a recorrer el país investido de antigua armadura para desfacer entuertos, socorrer a doncellas sin defensa, matar gigantes y conquistar imperios tan vastos, al menos, como el de Alejandro.

Tal es el tema de *Don Quijote*. Pero por afortunada que sea la concepción, no hubiera podido producir un libro con un encanto tan perdurable y bienazonada sabiduría, a no haber sido enriquecido con numerosos, divertidos y vívidos episodios, llevados a cabo por dos admirables figuras, Don Quijote y Sancho Panza, caracteres extremadamente individuales y auténticamente universales al propio tiempo.

En principio Don Quijote aparece ante el lector, y probablemente también ante el autor, como un loco en lo fundamental. Un flaco y desválido hacendado, ya viejo, cuyo cerebro se ha trastornado por las tonterías que leyó y que él consideró como verdad evangélica; y cuya ridícula manía resulta castigada por una ininterrumpida serie de palizas, de caídas, de oprobios e insultos. Pero con esa ingenuidad propia de la locura y la inevitabilidad del genio, héroe y autor juntos empiezan pronto a revelar la reserva de inteligencia y de pasión ideal que se encuentra debajo de esta superficial locura. Comprendemos que Don Quijote sólo está extremadamente loco cuando sopla la ventolera desde el ángulo de sus caballerescas preocupaciones. En otros momentos se presenta ante sí mismo como hombre de agudo y fino ingenio; virtuoso, valiente, cortés y generoso; de hecho, el ideal perfecto del caballero. Cuando toma, por ejemplo, un puñado de bellotas de la mesa de los cabreros y empieza un discurso grandilocuente sobre la Edad de Oro, sentimos cuán culto hombre es, con qué facilidad las pequeñas cosas de la vida le sugieren las grandes y con qué deleite habita en lo maravilloso y afortunado. Tanto más evidentes son lo verdadero y lo patético del personaje cuando uno considera de qué manera tan natural la locura y las calamidades manan de este exquisito sentido de lo bueno.

El contraste con esta figura lo proporciona la de Sancho Panza, que encarna los lugares comunes, lo tosco, lo plebeyo. No obstante, está dispuesto a hacerse escudero de Don Quijote, y por su credulidad y devoción demuestra qué ascendiente puede ejercer sobre lo inactivo de los hombres un carácter heroico y entusiasta. Sancho no tiene ninguno de los instintos de su amo. Nunca leyó libros de caballerías ni ha tenido el deseo de desfacen entuertos en este mundo. Por propia naturaleza, le satisfacen su mendrugo de pan y sus cebollas, con tal que tenga bastante vino para rociarlas. Su buena mujer, ganapana, nunca fue transformada imaginariamente en una incomparable Dulcinea. No obstante, sigue Sancho a su amo en todos los peligros, comparte sus derrotas y los muchos golpes que le caen encima, y hasta el fin tiene esperanza en la gubernatura de aquella ínsula que Don Quijote debe dar como premio a su fiel escudero.

Así como la locura de Don Quijote queda humanizada por su inteligencia y su valor natural, así resultan remediadas por su agudeza rústica la tosquedad y la credulidad de Sancho. Abunda en proverbios. Nunca falla en ver la realidad de un incidente ni protesta con tenacidad en contra de los visionarios vuelos de su amo. Se afirma el más tiempo posible en la evidencia de sus sentidos y en las pequeñas flaquezas de la carne y del espíritu. Pero finalmente se rinde ante la autoridad de Don Quijote y de los historiadores de la caballería, aunque no sin cierto disgusto ni sin que sobren algunas dudas.

El personaje de Sancho es admirable por la veracidad con que están dibujados los detalles. En algunas ocasiones surgen de la manera más natural los rasgos de patán, de glotón y de cobarde; ello no obstante Sancho continúa siendo un aldeano paciente y bonachón, un servidor devoto y un humilde cristiano. Bajo la cubierta de anomalías tan vívidas y de una tan penetrante agudeza, nos ha dado el autor una imagen satírica del carácter humano tal vez no inferior a la que proporciona el mismo Don Quijote. Por ejemplo, después de remendado su yelmo, Don Quijote prueba su resistencia con un golpe que lo desbarata. Lo remienda otra vez, pero ahora, sin probarlo, declara que de aquí en adelante es un yelmo sólido y perfecto. Cuando le mandan a Sancho llevar una carta a Dulcinea, se desatiende de entregarla e inventa una historia de su entrevista con la imaginaria señora para satisfacción de su amo. Pero en poco tiempo, a fuerza de ir repitiendo la historia, él mismo acaba por creer en sus propias mentiras. En esta forma la autodecepción es en el caballero la ridícula consecuencia de su valor, y en el escudero la no menos ridícula consecuencia de la pereza.

Las aventuras que los dos héroes encuentran son naturalmente las que sólo podían encontrar los viajeros que por entonces recorrían los caminos españoles. La clave de la historia depende de la familiaridad y frecuencia de las situaciones en las cuales se encuentra Don Quijote, de modo que lo absurdo de sus pretensiones puede ser demostrado abrumadoramente. Los críticos están de acuerdo en censurar las excepciones que Cervantes se ha permitido hacer dentro del realismo de sus escenas, en las que introdujo cuentos románticos durante la narración de la primera parte. Los cuentos por sí mismos son indignos de tener tal colocación y contradictorios con respecto al espíritu del libro entero. Cervantes cedía, sin duda, en parte a su costumbre de cuentista y en parte al miedo a la monotonía de la descripción continua de las aventuras de Don Quijote. Evitó esta deficiencia en la segunda parte e inventó la visita al palacio del duque tanto como la broma allí gastada intencionadamente al héroe, para darle diversidad a la narración.

Sería de desearse, si cabe, más diversidad y más unidad en el libro. Los episodios están ligados sin mucha cohesión y sin ninguna tentativa para desarrollar la trama ni los personajes. Por cierto, Sancho acaba por experimentar la dignidad de gobernador de su ínsula y Don Quijote recobra su razón en el lecho de muerte. Pero por pertinente y conmovedora que sea esta conclusión, hubiera podido llegar en cualquier momento en el transcurso de la narración. Como conjunto, el libro tiene más bien el mérito de la improvisación. Los episodios se sugieren por sí mismos a la imaginación del autor en tanto que éste escribe, lo cual les da el mismo carácter de inesperado y tal vez de inacabado que por naturaleza tienen los acontecimientos que ocurren durante un viaje. Es en el genio de este tipo de narración en donde se halla una especie de diario imaginario, sin estructura dramática general. El interés sólo depende de los personajes y de los acontecimientos, de la fertilidad de invención del autor, de la ingenuidad de las vueltas que le da a la historia, y de las escenas y figuras incidentales que describe.

Una vez aceptada esta manera de novelar —que podríamos llamar

la del novelista anterior a la novela— no podemos más que admirar la ejecución de *Don Quijote* como magistral en su género. Aquí encontramos una abundancia de imaginación que nunca permanece inútil ante algún probable e interesante acontecimiento; encontramos una fuerza gráfica que torna vívidos e inolvidables muchos personajes secundarios aunque estén apenas esbozados; encontramos el encanto de una región ejecutada con pequeñas pinceladas sin ninguna descripción formal; y encontramos una reproducción humorística y minuciosa de las costumbres de esta época. Todo esto está hecho con un estilo fluido y fácil, en el que abundan tanto la descripción como la parodia de diversos tipos de habla y composición; y el conjunto no es sino el fondo a las figuras de Don Quijote y de Sancho, y a su grata plática, cuya calidad y sabor se mantienen hasta el fin. Estas excelencias se unen para hacer de este libro uno de los más permanentemente deliciosos del mundo, tanto como uno de los más divertidos. Raramente la risa ha sido tan justificada como ésta que no cesa de provocar la lectura de *Don Quijote*; raramente encontró su causa en una imaginación tan genuina, en un contraste tan profundo y tan real, y en un buen humor tan victorioso.

A veces quizá deseamos que nuestros héroes se la pasen sin algunos de sus golpes contusos y que no se refocilen tanto en palizas y promiscuos azotes. Pero tenemos que acordarnos de que estos trescientos años han hecho a la raza europea mucho más sensible al sufrimiento físico. Nuestros antepasados aprehendieron ese equívoco placer en la idea de los dolores corporales de la misma manera en que nosotros aún hoy en día lo hacemos con la descripción de las torturas del espíritu. La idea de ambos males naturalmente le disgusta a una inteligencia refinada; pero admitimos más voluntariamente el tipo en el cual la costumbre nos ha habituado a considerar como inevitable, y de ello la experiencia personal ha hecho probablemente un viejo amigo.

Por consiguiente *Don Quijote* ha disfrutado de una popularidad universal y ha tenido el privilegio singular de realizar el propósito por el cual fue escrito, es decir, que extrajo a la novela de las extravagancias de los libros de caballerías para aplicarla al estudio de la vida real. Tal el sencillo propósito que Cervantes tenía y admitía. Fue un hombre de letras con intereses literarios, y la idea que se le ocurrió fue la de poner en ridículo los disparates de la moda literaria predominante. La rica vena que tocó en la concepción de la locura de Don Quijote y sus trastornadas aventuras le dio ánimo para continuar. El tema y los personajes fueron profundizándose en sus años hasta que de la parodia de cierto tipo de novela la historia amenazó con volverse una sátira del idealismo humano. Al mismo tiempo Cervantes fue encariñándose con su héroe y en cierto modo hizo de él —debemos percibirlo— un representante de sus propios entusiasmos caballerescos y de sus continuos desengaños.

Sin embargo no es necesario que veamos en esta transformación una profunda malicia o cualquier significación remota. A medida que la fábula se desenvolvía frente a la imaginación del autor y sentaba plaza en su más cercana e íntima atención, él por supuesto la enriquecía con toda su experiencia. De la misma manera que la dilataba con imágenes y ademanes corrientes de la vida, del mismo modo le



entregaba más peso con la carga de la tragedia humana. Dejó en ella la huella de su propia nobleza y de sus propias desgracias y al mismo tiempo una crónica de su época y de su país. Pero esa no era la intención. Sólo habló con la plenitud de su corazón. Las ideas y los personajes más elevados le fueron revelados por sus propios impulsos, y los más bajos por su experiencia cotidiana.

Nada, en el libro, sugiere una sátira premeditada de la fe y del entusiasmo en general. El propósito evidente del autor es divertir, no vituperar o desanimar. No hay amargura en su sentimiento ni desesperación en su desencanto; en parte porque conserva un afecto sano hacia la perversidad de este mundo, en parte porque su corazón es profunda y enteramente cristiano. Hubiera rechazado con indignación tal interpretación de su obra pues vería en ella un ataque contra la religión o aun contra la caballería. Su nacimiento y educación lo hicieron religioso y caballeroso desde el principio, y así permaneció por convicción hasta el fin. Aún estaba lleno de planes y esperanzas cuando la muerte lo sorprendió, pero la acogió con una simplicidad absoluta, sin lamentar el pasado ni tener inquietud por el futuro.

Si hubiéramos podido preguntar a Cervantes cuál era, según él, la moral en *Don Quijote*, tal vez nos hubiera dicho la siguiente: que la fuerza del idealismo se desperdicia cuando no reconoce la realidad de las cosas. El descuido por los hechos de la vida cotidiana ocasionó lo absurdo de las novelas de caballerías y de las empresas de Don Quijote. Lo que se necesita no es, naturalmente, que el idealismo se rinda, ya sea en la literatura o en la vida, sino que en ambas deba hacerse eficaz para una mejor adaptación a la realidad transformada.

Pensamos que algo semejante hubiera sido la manera del propio Cervantes en la interpretación de su parábola. Pero cuando las parábolas son translaciones tan directas y tan plenas de vida como es la historia de Don Quijote, ofrecen casi tantas ocasiones para interpretarlas diversamente como lo hace la experiencia personal de los hombres en el mundo. El hecho de que la moral de Don Quijote sea dudosa y de que cada hombre sienta la tentación de ver en ella la expresión de sus propias convicciones es, después de todo, el elogio más grande que uno pueda hacer del libro. Porque podemos inferir que en él ha sido vertida la verdad y que los hombres pueden volver a leerlo como a la propia naturaleza, para que renueven sus teorías o para que las olviden, así como para que refresquen su imaginación con el espectáculo de un mundo plétórico de vida.